

Bolívar se ubica por encima del historiador e insinúa cómo él habría escrito la historia de una revolución que creía conocer mejor. “Bolívar recibe la obra con complacencia moderada, a digna distancia y con una leve crítica, justo como un rey premiaría los esfuerzos de un historiógrafo de su corte” (p. 168).

Mejía ilustra con *El General en su Laberinto* hasta qué punto hoy continuamos atrapados en el culto al héroe. Observa que García Márquez cae en esta red discursiva al ubicar al Libertador en el centro de la narración, tal como Bolívar lo habría deseado. Carrera Damas, una de las fuentes de Mejía, aseveró que cualquier intento de reescribir la biografía de Bolívar y la historia de la Revolución supone la superación de las palabras del Libertador. La *Historia de la Revolución* precede en una década los ensayos venezolanos orientados a ubicar a Bolívar en el corazón de la nacionalidad. En lugar del toque lírico de los venezolanos, Restrepo mantuvo una cierta distancia crítica, que se evidencia en particular en el tratamiento crítico hacia Bolívar del sitio de Cartagena.

*La revolución en letras* merece leerse porque permite conocer un momento de la práctica del oficio del historiador. La ausencia de las revoluciones atlánticas en la obra de Restrepo sugiere la notable autonomía intelectual colombiana para escribir la historia de su revolución —y también las posibilidades del pensamiento histórico ilustrado del Nuevo Reino de Granada, a pesar de que Restrepo las escamoteaba—. La constatación cobra fuerza cuando se recuerdan los orígenes provincianos de Restrepo, su temprana vocación por la geografía —antes que por la historia— y su experiencia de mundo que se limitó a un breve viaje a los Estados Unidos. El trabajo de Mejía previene contra la filiación de nuestra cultura histórica con los llamados “centros de cálculo”, en este caso, los centros europeos de producción de cultura política.

JOSÉ ANTONIO AMAYA

Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá  
jaamaya@unal.edu.co

### **Eduardo Posada Carbo.**

*La nación soñada. Violencia, liberalismo y democracia en Colombia.*

Bogotá: Grupo Editorial Norma, 2006. 383 páginas.

#### **La nación soñada y los mitos de la izquierda\***

Posada argumenta en este libro que cualquier esperanza de que Colombia se convierta en la nación en que sueña —un país pacífico, sin violencia, “liberal” y “democrático”, términos que define en una forma a la que nos referiremos en un momento— depende en buena parte de la élite intelectual colombiana. Estos “creadores de opinión” —artistas, periodistas, historiadores y científicos sociales

---

\* Traducción de Jorge Orlando Melo.

entre otros— deben dejar de ser “derrotistas” y aprender a estar “orgullosos” de su país y de su historia. Deben “evitar estereotipos” y apreciar más bien “la dinámica de procesos históricos muy complejos” (p. 298).

Desafortunadamente, y en especial desde los años sesentas, la mayoría de los intelectuales colombianos no han estado a la altura de esta importante tarea. Enamorados de la Revolución Cubana y seducidos por el marxismo leninismo, han denigrado la “democracia liberal” de la nación y propagado la noción de que el “establecimiento” ha ahogado sistemáticamente las reformas significativas. Así, estos intelectuales izquierdistas han justificado y alimentado a las guerrillas inspiradas por el marxismo, que proliferaron desde los sesentas, y que siguen siendo una amenaza seria para la nación actual.

Posada cree que esta visión izquierdista es errada o por lo menos inexacta; contra ella ofrece su propia lectura de la historia del país, subrayando sus tradiciones “liberales” y “democráticas”. Su definición de estos términos es estrecha. La esencia del “liberalismo” está en el deseo de limitar el poder del Estado, mientras que la “democracia” tiene que ver sobre todo con las elecciones (p. 101). Para Posada, tanto el “liberalismo” como la “democracia” carecen, en lo fundamental, de relaciones con el tercer término del subtítulo del libro, “violencia”.

Que Colombia es hoy una nación violenta es algo que difícilmente puede negar Posada. Pero para él la violencia contemporánea de la nación, como la del pasado, es exógena a las instituciones y valores liberales y democráticos positivos que revisa en su reseña de la historia colombiana del siglo XIX y XX.

Para defender esta interpretación, Posada presenta un recuento de la historia nacional superficial, distorsionado y selectivo. Hay que decir, en su favor, que reconoce que en los comienzos de la época republicana Colombia era una nación relativamente homogénea y mestiza, a diferencia de muchos de sus vecinos latinoamericanos. Esto ayuda a entender la temprana extensión del sufragio masculino y el grado de identificación popular con los dos partidos tradicionales del país, liberales y conservadores. Pero Posada no analiza las implicaciones de estas condiciones, que, como lo han mostrado los historiadores, hicieron que muchos dirigentes políticos liberales se asustaran del potencial radical de sus aliados populares y los llevó eventualmente a una alianza con los conservadores para limitar el poder popular, un objetivo que se codificó en la muy restrictiva Constitución de 1886. Posada ignora también las luchas acerca del poder de la Iglesia, la esclavitud, las tarifas, las leyes agrarias, el patrón oro y otros aspectos de las reformas liberales que están en el centro de las guerras civiles de Colombia —y de América Latina— en el siglo XIX, de las cuales la más sangrienta fue la de Colombia entre 1899 y 1902.

Del mismo modo, la restringida concepción que Posada tiene del liberalismo y la democracia le permite celebrar la expansión del voto y las transferencias pacíficas del poder entre liberales y conservadores, durante la primera mitad del siglo XX (en 1930 y 1946), mientras ignora en lo esencial los conflictos sobre tierra

[473]

y trabajo y el sectarismo político, que culminó en el fenómeno conocido como *la violencia* a mediados del siglo. El más grande conflicto civil de América Latina desde la Revolución Mexicana, *la violencia*, ha sido el tema central de algunos de los mejores estudios históricos sobre Colombia, y prácticamente todos ellos escapan a la atención de Posada en este libro.

[474]

Sin embargo, apenas deja atrás *la violencia* y comienza a tratar la época que él mismo vivió como adulto (él entró a la principal universidad católica de Colombia en 1974), su análisis político se vuelve más agudo. Admite que el Frente Nacional, el acuerdo para compartir el poder con el fin de eliminar la violencia partidista entre liberales y conservadores, que estuvo en vigencia de 1958 a 1974, fue restrictivo e impidió que terceros partidos compitieran por la presidencia y tuvieran el derecho a ocupar cargos por nombramiento. Pero demuestra que durante este periodo se produjo un nivel substancial de competencia electoral, que a su vez se mantuvo la libertad de prensa. En todo caso, advierte, el Frente fue de corta duración y en los años siguientes las reformas institucionales ampliaron la democracia electoral colombiana y, especialmente después de las reformas constitucionales de 1991, dieron más facilidades para que los partidos no tradicionales entraran a la competencia.

Desde fines de los años setenta, insiste Posada, los gobiernos colombianos han estado dispuestos a negociar acuerdos de paz con la insurgencia guerrillera. A aquellos que culpen el establecimiento político por la eliminación virtual de la Unión Patriótica, el partido político formado en los años ochenta para participar en elecciones durante un periodo de negociaciones entre las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) y el gobierno, les responde Posada que este fue un caso excepcional y “no generalizable” (p. 202). Se complicó, además, por la ausencia de un cese del fuego real y por la desastrosa política del Partido Comunista y de las FARC de apoyar la estrategia electoral pacífica de la UP, mientras se negaban simultáneamente a abandonar la lucha armada. Finalmente, argumenta que los grupos guerrilleros que dejaron las armas ejercieron una gran influencia sobre las reformas constitucionales de 1991 y nota que en los años recientes la izquierda colombiana ha tenido un peso considerable y logró, entre otras cosas, ganar la alcaldía de Bogotá y la gobernación del Valle del Cauca.

En conjunto, el tratamiento de Posada de la historia de la nación busca reivindicar la visión que el establecimiento político colombiano tiene de sí mismo. Según él, la fidelidad de las élites a los valores democráticos y liberales ha servido como barrera contra las dictaduras y el militarismo, habituales en América latina. Pero, mientras que este contraste entre la historia de Colombia y de América Latina tiene sentido, sus causas son mucho más complicadas de lo que Posada está dispuesto a admitir. El análisis comparativo de la historia colombiana muestra que la composición étnica del país favoreció la formación de identidades populares que coincidían con las de las élites (todos somos colombianos), mientras que el fracaso del país para desarrollar una economía de exportación viable durante

el siglo XIX limitó la fuerza y el atractivo de la economía política liberal entre la élite. Estos dos factores ayudan a explicar la naturaleza violenta e indecisa del conflicto perenne entre liberales y conservadores a lo largo del siglo XIX y el sistema político bipartidista, sectario, clientelista y excluyente que surgió de ese conflicto. Este sistema se mantuvo durante la mayor parte del siglo XX, en parte, porque la economía de exportación que moldeó la vida económica de Colombia hasta hace poco —una economía cafetera dominada por pequeñas fincas campesinas— restringió la fuerza del sindicalismo y de los partidos de izquierda. La debilidad de las fuerzas populares y de izquierda es lo que mejor explica la ausencia relativa de militarismo y dictadura en la historia del siglo XX de Colombia.

[475]

Pero si la tesis general de Posada es simplista e interesada, su argumento sobre el carácter relativamente competitivo de las elecciones colombianas antes y, sobre todo, después del Frente Nacional es convincente. Aquellos que interpretan la debilidad histórica de la izquierda colombiana como resultado de la conspiración de una élite gobernante especialmente astuta y represiva se están engañando a sí mismos. La élite colombiana está lejos de ser más represiva que sus contrapartes de otros países latinoamericanos. Esto es verdad, pero no tanto por los valores democráticos y liberales que Posada celebra en este libro, sino porque durante la mayor parte del siglo XIX las fuerzas populares fueron débiles, y lo mismo pasó con los movimientos de trabajadores y de izquierda en el siglo XX.

Afortunadamente, las condiciones que debilitaron durante largo tiempo la izquierda Colombiana están desapareciendo. Y parece probable que tan pronto la izquierda se libre del peso muerto de la insurgencia guerrillera —y de los mitos izquierdistas que han ayudado a sostener esa insurgencia— sus resultados electorales mejorarán y su propia comprensión de la democracia y del liberalismo, mucho más amplia que la de Posada, florecerá. El libro de Posada puede no ser muy buena historia, pero en la medida en que ayude a debilitar esos mitos de la izquierda, contribuirá a su modo para que se logre la nación soñada.

**CHARLES BERGQUIST**

University of Washington

caramba@u.washington.edu